

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

ENTREVISTA | Novelista y cuentista chilena:

ANA MARÍA DEL RÍO

vuelve sobre el orden de las familias

La reedición de sus reconocidas novelas *Óxido de Carmen* y *Siete días de la señora K* coincide con la publicación de *Jerónima*, una trama ambientada en el siglo XIX en la que se cruzan los destinos del país y de una familia,

• conformada por los ancestros de la propia autora.

El tema no es nuevo para ella —ni para la literatura en general—, pero esta vez Ana María del Río (Santiago, 1948) recurre a la historia para “cargar las tintas”. Si ya en algunos de sus cuentos y en novelas como *Óxido de Carmen* (1986) y *Pero ahora no es verano* (2011) había explorado el carácter opresor de las familias, hasta ahora sus ficciones se ambientaban en épocas más o menos contemporáneas. Siempre en espacios cerrados, al interior de casas con muchas habitaciones que permiten releer al olvido a los parientes incómodos.

En *Jerónima* (Zig-Zag) sitúa la acción entre 1857 y 1863 y, como también lo ha hecho antes, toma la voz de la protagonista, desde sus 14 a 20 años. “Me queda muy bien esa voz —afirma—. Escrituralmente, yo debo tener unos 13 o 14 años”. Con una mirada aguda, crítica, atenta a los detalles y no exenta de humor, Jerónima Larraín describe su entorno geográfico —una enorme hacienda del valle central, en la primera parte; las calles del antiguo Santiago, más adelante— y a cada uno de los personajes que la rodean: su “tata” Pedro (Larraín Gandarillas), el patriarca, senador, agricultor y empresario; la abuela Ita; los tíos y tías, los campesinos pobres y hambrientos, la servidumbre... Huérfana de padre y madre, Jerónima no calza con los moldes que pretenden imponerle. Ella defiende su pelo largo y suelto; los pantalones viejos del tío Gonzalo que usa para cabalgar; su lenguaje, su libertad.

La rebeldía ayer y hoy

Aunque, sin duda, la novela apunta a un público más amplio, fue publicada en la colección juvenil de Zig-Zag y forma parte del plan de lecturas complementarias para enseñanza media. “Quedó para esa edad difícil de tercero y cuarto medio que, fuera de Martín Rivas, no tienen otra cosa. Además, es la misma época de Martín Rivas. Puedo ser un poco insolente con Blest Gana, pero pretendo desbancarlo”, dice entre risas.

Lo cierto es que terminada esta novela, “que me tuvo por las cuerdas durante muchos años”, no tiene planes de seguir la misma veta. “Tal como lo dijo Ignacio Valente, que me tiró tomates a una novela, pero me trató muy bien un libro de cuentos, yo soy cuentista. Lo que pasa es que las editoriales en

Chile te obligan a hacer novelas. Pero a mí me gusta la pelea corta, el cuento”.

Aun así, sus novelas han sido ampliamente celebradas y dos de ellas acaban de ser reeditadas por el sello Imbunche: *Siete días de la señora K*, ahora con el título *Siete días*, y *Óxido de Carmen*.

—¿Por qué eligió el siglo XIX para volver sobre estos vínculos familiares y sociales?

—Esta es una novela de la familia chilena, devoradora de individualidades, y esa época se presta mejor para las tintas más cargadas en cuanto al abuso de la familia sobre el individuo. Ahí la rebeldía era un

pegado mortal. Ahora pasa muy inadvertda, porque somos todos rebeldes, o todas, o todos. Y un poco, también, para hacer el contraste entre la apertura que estamos viviendo ahora versus el encarcelamiento de antes.

—¿Era viable una Jerónima en esa época?

—De hecho, fue viable. En mi familia hubo una Jerónima que yo admiré profundamente. Tuvo otro final, pero sí existió. Por supuesto, aplanada y achatada por el familón poderoso, ella llevaba todas las de perder. Una persona rebelde fue totalmente posible; alguien deslenguado, en el pensamiento, por lo menos, para hacer lo que quería, lo que pensaba, lo que opinaba.

Ana María del Río investigó durante largo tiempo en el Archivo Histórico Nacional. Y aunque muchas situaciones parecen sacadas de su fructífera imaginación, ella asegura que son verídicas. Así también los personajes, más allá de los históricos, como Pedro León Gallo, Benjamín Vicuña Mackenna, José Tomas Urmeneta... Incluso, el propio Alvar Carbantes, el trágico amor de Jerónima.

“Carabantes existió, era un amigo de Pedro León Gallo. Yo le di mucho protagonismo, justamente porque no me quería meter con Gallo, que es un personaje más trata-

do por Vicuña Mackenna. Necesitaba un personaje más desconocido”, explica.

Para conformar su elenco no necesitó ir muy lejos. “Uní dos ramas de mi familia materna, los dos bisabuelos, que fueron figuras históricas bastante pioneras. El Larraín (Gandarillas) más que el otro. Y me baso en la nieta de ellos, que es un poco como me hubiera gustado ser a mí, que dejó la tendalada en la familia y fue encerrada después”.

Incluso cuando parece haber recurrido al humor para nombrar a ciertos personajes, como los tres tíos ociosos, la escritora aclara que no tuvo que inventar. “Los Gatos Plomos sí existieron. Y hablaban como Hugo, Paco y Luis, en 1850. Eran la típica generación de hijos dilapidadores de padres que se sacaron la mugre. Y que abusaron todo lo que pudieron en esta especie de, no sé si podría decir aristocracia, pero sí este poderío campesino que había antes”.

Tampoco acudió a la ficción para tratar la homosexualidad y el destino trágico de Gonzalo, el menor de los tíos de Jerónima, y su único amigo. “Una homosexualidad en el siglo XIX era cosa fea —afirma—. Él no tenía ninguna posibilidad de quedarse en Chile”.

La novela tuvo cuatro o cinco versiones antes. En la última, acortó 200 páginas. Y adecuó el lenguaje. “Lo contemporaneicé —explica—. La única manera de contar algo del siglo XIX es con un lenguaje actual. Ahí el desafío está metido de manera flagrante”.

Su veta donosiana

Los escenarios del valle central son conocidos por Ana María del Río. Después de separarse, vivió siete años en El Monte, en una casa que es monumento histórico, “hasta que me cansé de que me robaran los cables de la luz”, dice, instalada en un luminoso departamento en Las Condes. Pero también su infancia transcurrió en la zona, donde pasaba los tres meses de verano junto a un batallón de primos. De esos recuerdos surgió *Pero ahora no es verano*, su última novela antes de *Jerónima* y un motivo más para situarla en el siglo XIX.

—Me voy más atrás, tal vez para preverme de lo que me pasó con *Pero ahora no es verano*. Fue una novela de la época de la reforma agraria. En ella soy menos sutil para aludir a personas de mi familia y, aparentemente, fue muy submarinizada por grupos bien poderosos de los cuales yo soy prima.

La muerte está muy presente en la novela, aunque de manera soterrada. Por ejemplo, a Jerónima nunca le hablan de sus padres. “Hay mucho suicidio en mi familia materna y hay estas causas de muerte escondidas, que uno las sabe cuando ya es grande. Este difrazar las cosas o el tener a personas arrumbadas en las piezas de atrás de las casas te conforma un mundo cerrado perfecto. En ese sentido soy absolutamente donosiana, de escribir lo que pasa adentro de las piezas, porque pasan muchas cosas”.

—¿Se han ido abriendo y ventilando las piezas?

—Basta mirar la iglesia para ver cómo se está ventilando. Ventilando y escondiendo. O sea, el poderío para armar una mentira y mantenerla, sigue igualito. El poderío para echar debajo de la alfombra persiste, pero también, y eso no existía antes, está el afán de dinamitar.

HECTOR FLORES



PÁGINA ABIERTA

LA DEGRADACIÓN DEL BESTSELLER

por Camilo Marks

En esta época, cuando un libro viene muy propagandeado, es inevitable sentir un nivel de reticencia hacia esas maravillas que nos anuncian con tanto bombo. El día que se perdió la cordura, de Javier Castillo, es un caso a tomar en cuenta por varias razones. Inicialmente, anareció

da lo mismo que se trate de gente eminentemente sedentaria. Claro que no estamos comparando a Castillo con ninguno de ellos; no obstante, uno tiene derecho a exigir una mínima preparación si alguien emprende la labor de describir paisajes extranjeros.



LOS BUENOS MODALES (DEL HOMBRE)

por José Promis

La lectura de los primeros párrafos de “Be”, el relato que encabeza el libro de cuentos de Jessica Atal (Santiago, 1964), demuestra que, además de conocida poeta y ensayista, es una escritora familiarizada y hábil con el

victimario e impone a la mujer el de la eterna culpable.

El lector observa en cada cuento una conflictiva relación de pareja relatada siempre por mujeres cuyo comportamiento, pero no siempre su

